

ROBERTO UNGER: ¿UN UTOPISMO PRÁCTICO?¹

«A Work in Costructive Theory» era el subtítulo de *Politics*, el copioso tratado en tres volúmenes de Roberto Mangabeira Unger publicado por primera vez en 1987. En él, no sólo se ofrecía una teoría de la organización social en su primer volumen, *Social Theory: Its Situation and Tasks*, y un vasto panorama histórico que abarcaba los imperios agrarios desde el Han a los mogoles, en el tercero, *Plasticity into Power*. También, se proponía —en su obra central de 680 páginas, *False Necessity*— una lectura alternativa del desarrollo de los principales caracteres institucionales de la sociedad de masas, una teoría de la subjetividad y un programa radical de transformación política, económica y microcultural. Bajo cualquier criterio, se trata de una notable pieza de estudio. Vástago de una conocida familia de los círculos políticos del Estado norteño de Brasil de Bahía, Unger ha enseñado teoría jurídica crítica en la Escuela de Derecho de Harvard desde 1979. Sus contribuciones en este campo están estrechamente ligadas a su teoría social y a sus pronósticos políticos. De modo muy acusado, su trabajo de 1986, *The Critical Legal Sudies Movement* —un sucinto texto de apenas 128 páginas—, anticipa muchos de los temas y de los argumentos que aparecen en *Politics*.

Los grandes proyectos, como el emprendido por Unger, son siempre vulnerables a los acontecimientos históricos. Aparecida en una época en la que una tercera parte del mundo estaba gobernada por regímenes comunistas, la trilogía *Politics* pretendía formular una teoría y un programa de transformación social radical que constituyera una alternativa tanto al capitalismo industrial de masas como a los modelos del socialismo de Estado y de la socialdemocracia. Una vez finalizada la Guerra Fría y con el modelo neoliberal ahora en crisis en su América Latina natal, ¿de qué modo ha capeado el pensamiento de Unger las sacudidas de las últimas décadas? *La democracia realizada*, publicado en 1998 y reeditado recientemente, comienza con un sorprendente y optimista llamamiento a favor

¹ Roberto Mangabeira UNGER, *Democracy Realized: The Progressive Alternative*, Londres y Nueva York, Verso, 2000 [ed. cast.: *La democracia realizada: la alternativa progresista*, Buenos Aires, Manantial, 1999].

de «formas institucionales alternativas de pluralismo económico, social y político», acompañado de un sobrio reconocimiento:

Actualmente, en todos los rincones del mundo, se advierte una experiencia de agotamiento y perplejidad en la formulación de alternativas verosímiles al programa neoliberal y a su creencia definitoria en la convergencia hacia un único sistema de instituciones democráticas y de mercado. Después de haber abandonado los compromisos estatistas y de haber presenciado el derrumbe de los regímenes comunistas, los progresistas buscan en vano una dirección más afirmativa que la defensa de la socialdemocracia en la retaguardia.

Incluso en Estados Unidos, la potencia hegemónica mundial y el país más rico del mundo, los «ciudadanos corrientes pertenecientes a la clase trabajadora se sienten, probablemente, como observadores externos irritados, parte integrante de una mayoría fragmentada y marginada incapaz de rehacer el fundamento colectivo de los problemas colectivos a los que se enfrentan». Al mismo tiempo, la intelectualidad política estadounidense desdeña la movilización política popular y los proyectos de reforma institucional a gran escala calificándolos de románticos e inviables y haciendo hincapié en el análisis político técnico y en la «resolución de los problemas por los expertos». Unger sostiene:

Esta política vacía y anémica en términos programáticos no consigue resolver los problemas prácticos en atención a los cuales renunció a ambiciones de mayor alcance. Se permite [...] degradarse a sí misma celebrando acuerdos episódicos y a corto plazo entre facciones contra un telón de fondo de instituciones e ideas asumidas que siguen sin ponerse en tela de juicio y cuya presencia ni siquiera es advertida.

En cambio, los motivos más aparentes para abrigar esperanzas descansan en el «vigoroso experimentalismo subterráneo» que se está haciendo sentir en las nuevas prácticas laborales y en los métodos educativos donde «se combinan la cooperación y la competitividad» y en los que la «innovación constante se convierte en la piedra de toque del éxito». Actualmente, esta imaginativa fricción fronteriza dentro de los mundos miniaturizados de las empresas y de los centros educativos termina por chocar contra los «límites impuestos por el mundo público no transformado». No obstante, en opinión de Unger, estos procesos son el semillero para una nueva práctica política consistente en el «experimentalismo democrático», la idea medular de *La democracia realizada*, definido en sus páginas como una «tentativa motivada, sostenida y acumulativa de reparar los ajustes de la sociedad».

La estructura del libro es tan ambiciosa y tan original como los primeros trabajos de Unger, si bien en una escala menor (300 páginas). Las propuestas para la transformación del proceso productivo en las economías del capitalismo avanzado dan paso a las agendas estratégicas para los tres países más importantes del mundo en vías de desarrollo y poscomunista

(Rusia, China y Brasil); a una pormenorizada «alternativa al neoliberalismo» programática que recorre desde la reforma tributaria y de las pensiones y la enseñanza emancipadora hasta las nuevas formas de inversión y de prácticas productivas; y, finalmente, se concluye con un Manifiesto en el que se sintetizan las anteriores propuestas en trece tesis capitales. En parte como respuesta a las críticas recibidas por el carácter abstracto o «de ensueño» de su trabajo —algunas de las cuales fueron vertidas en las páginas de esta revista, por ejemplo, en el ensayo escrito por Perry Anderson en 1989, «Roberto Unger and the Politics of Empowerment», *NLR* 1/173—, esta vez Unger realiza un intento sólido y vigoroso de dotar a sus ideas de un efecto político directo. El concepto de experimentalismo democrático se postula partiendo de un solapamiento entre las condiciones necesarias para un «progreso práctico» —es decir, para el crecimiento económico que «libera a la vida humana de la carga del trabajo duro y de la enfermedad. No podemos ser libres si somos débiles»— y aquellas necesarias para la emancipación individual. Según el autor, las formas de progreso tanto material como subjetivo dependen de la capacidad de transformar el esfuerzo social en un proceso de «aprendizaje colectivo» que no se coarte por deferencia hacia ninguna división o rol social preestablecidos; una formulación en la que se perciben los ecos de Freire y que se nutre de los temas que durante mucho tiempo han sido centrales en el trabajo de Unger.

Un rasgo particular de *La democracia realizada* descansa en su combinación de agendas del centro y de la periferia. Su desarrollo se lleva a cabo mediante una discusión de las «vanguardias» y de las «retaguardias» económicas y sociales existentes en la actual división mundial del trabajo que aunque claramente se inspira en la experiencia brasileña de polarización entre un proletariado industrial sumamente sindicalizado y un sector obrero informal mucho más extenso, sigue teniendo no obstante una aplicación universal. Aquí, la cuestión que se plantea es si la defensa de los intereses corporativos tiene forzosamente que seguir siendo «conservadora y exclusiva» al proteger los privilegios adquiridos o si podría convertirse en la defensa que Unger llama «transformadora y solidaria», es decir, aquella en la que los obreros sindicados hacen causa común con los trabajadores eventuales, por ejemplo, para dar su respaldo a programas que permitan el acceso descentralizado al capital riesgo.

En este punto, Unger opone su alternativa progresista no sólo a la ortodoxia neoliberal, sino a las doctrinas keynesianas promotoras del Estado del bienestar y al desarrollismo estatista. La sustitución de las importaciones y la creación de un sector industrial protegido han servido únicamente para dividir a la población trabajadora entre una minoría privilegiada y una mayoría excluida. Los intentos de sostener esta economía mediante el gasto público han conducido, de modo inevitable, a crisis inflacionistas y finalmente a la exposición catastrófica a una reestructuración orquestada por el mercado. Para evitar estos efectos cíclicos Unger recomienda una estrategia «productivista» que alteraría el equilibrio entre

los segmentos innovadores y ricos en capital y formación situados en la vanguardia de la economía y sus apéndices subordinados, rutinarios y con baja cualificación de la retaguardia. Las nuevas agencias de asignación de capital, que en sí mismas formarían parte de una democratización de los derechos de propiedad, deberían invertir en formas de producción vanguardistas con el objetivo de expandir el campo del trabajo gratificante y creativo en contraste con las condiciones laborales rutinarias y autoritarias características de la retaguardia.

La defensa del productivismo democrático no deja de ser interesante. Una prefiguración en miniatura del mismo se encuentra en la alternativa del Ayuntamiento de Londres al «asistencialismo pasivo» de finales de la década de los setenta. En el contexto de América Latina, el argumento productivista cobra sentido como respuesta a la debilidad específica de las economías que hasta ahora han estado dominadas por el «fordismo periférico» y por la exportación de materias primas, y que han carecido de los componentes de alta tecnología y elevada especialización de los centros de producción metropolitanos. Como vía de escape a la dependencia, Unger aboga por mayores niveles de ahorro e inversión y, siguiendo el ejemplo de Japón y de los *tigres* del este asiático, por la creación de «sectores punteros» de la economía. Por el contrario, en el contexto estadounidense, la estrategia productivista no tiene como objetivo el aumento de la productividad, sino más exactamente la igualdad social y la democratización del proceso de trabajo.

Unger considera compatibles las tesis de *La democracia realizada* con el «abanico de puntos de vista» que exploró en su trabajo anterior. ¿Cuáles eran sus características determinantes? *False Necessity*, la piedra angular de la trilogía *Politics*, pretendía elaborar una alternativa radical a los dos adversarios ideológicos más importantes: la «ciencia social positivista, empírica o convencional» y el marxismo. La primera era descrita, en tono más crítico, como la disciplina de la economía neoclásica, pero Unger también lanzó sus ataques, de modo más general, contra la ciencia social positivista por considerar «la vida social como una secuencia interminable de episodios de acomodación de intereses y de resolución de problemas». La misma negaba el contraste entre el contexto configurador y la rutina configurada, «debilitando la capacidad de ver toda la ordenación institucional e imaginativa de la vida social como algo conectado, distintivo y reemplazable».

Pero el blanco principal de su crítica a la teoría social «determinista», a la cual hacía referencia en el título de *False Necessity*, era su segundo adversario, el marxismo, con el que a diferencia de la ortodoxia de la ciencia social Unger compartía su compromiso con la transformación del orden dominante. Su crítica iba dirigida contra las teorías de carácter netamente estructural que enfatizaban los efectos determinantes de las fuerzas o de los sistemas sociales subyacentes. Rechazaba la idea de que existieran formas de organización social indivisibles y repetibles, históricamente

desarrolladas «a partir de tendencias que operaban a modo de leyes y de constricciones económicas, organizativas o sociales profundamente arraigadas». Negaba la posible validez de estas leyes, así como que hubiera «un listado finito de formas posibles de organización o un pequeño número de trayectorias de evolución social» y la existencia de «etapas de desarrollo» necesarias o de formaciones de clase particulares definidas por su relación con los medios de producción. Allí donde la ciencia social positivista había sido condenada por restar importancia a las constricciones sociales, la teoría centrada en la estructura era criticada por otorgársela en exceso. Una de las implicaciones de esta postura residía en considerar la *agencia*² política como una fuerza transformadora *creada* por la acción política y social, ya que Unger sostiene que un partido o un movimiento político construyen al sujeto colectivo que los respalda, más que funcionar como su expresión o su reflejo. Como él mismo ya había observado en *The Critical Legal Studies Movement*, su propio contraprograma «parece requerir un voluntarismo extremo y casi paradójico», pero esto se justificaba argumentando que únicamente se limitaba a «asumir seriamente las preconcepciones de la teoría política y legal liberal y a llevarlas a su conclusión».

En el texto principal de *False Necessity*, las formas de pensamiento marxista que ahora se rechazan se describían en términos bastante generales. La mayor parte de la discusión más pormenorizada de Unger con estas posiciones se relega a un apéndice de notas bibliográficas. Aquí, reconoce que se ha producido un debate con el «determinismo» dentro de la tradición marxista –por ejemplo, en la polémica entre Edward Thompson y Louis Althusser–, pero sostiene que los frutos de este debate no resuelven ninguno de los problemas esenciales. Dado el fracaso tanto de estos como de otros esfuerzos de revisión, es el momento de elaborar un nuevo modelo teórico. En cierto modo, esto parece una decisión sobredeterminada, ya que no está claro que la conclusión a la que él llega no pudiera haber sido alcanzada como una variante de los modos de pensamiento marxistas o en diálogo con los mismos así como mediante su rechazo. Cabría sostener que hay algo señaladamente posmoderno en la crítica de Unger a los modelos deterministas –en otra terminología, las grandes narrativas– así como también en su voluntarismo «extremo y paradójico». ¿Podría esta insistencia en la contingencia histórica, en el papel de la acción y de la voluntad en el progreso político, estar en deuda con la propia formación latinoamericana de Unger como ha ocurrido, quizá, en el trabajo de Ernesto Laclau (de origen argentino) o, en un contexto diferente, en el de Nicos Mouzelis de Grecia? En las sociedades donde podría parecer que los poderes del Estado, de la dictadura militar y de la ideo-

² El término inglés *agency* se utiliza en las ciencias sociales para referirse a la potencialidad de los seres humanos de convertirse en fuerza motriz de sus propias acciones, de ser agentes, y no existe, en castellano, una palabra equivalente. Siguiendo el criterio del traductor al castellano del libro de Roberto Mangabeira Unger, Horacio Pons, hemos optado por traducirlo como *agencia* ya que su uso en castellano está cada vez más extendido [N. de la T.].

logía (por ejemplo, el populismo) han superado la hegemonía progresiva de las clases sociales, los modelos históricos deterministas pueden parecer irrelevantes, como para los bolcheviques en 1917 cuando llegó el momento decisivo.

De hecho, el trabajo de Unger trae a la memoria otra densa tradición de la ciencia social distinta y antagonista respecto al marxismo: la sociología académica. Como Göran Therborn argumentaba en su libro de 1976, *Science, Class and Society*, los fundadores modernos de la sociología tomaron la decisión deliberada de abrir un tercer camino a la explicación, a la crítica y la reforma científicas situado entre el individualismo de la economía y de la filosofía empírica y el colectivismo y el carácter revolucionario del marxismo. Su manifestación más clara podía hallarse en la obra de Weber, quien se propuso revisar las teorías de Marx sobre los orígenes del capitalismo, de la clase y del Estado. Pero el compromiso de la disciplina emergente con la primacía de «lo social» (contra lo económico y lo psicológico) y de la «solidaridad social» (contra la ubicuidad del conflicto) rebelaba su ambición por corregir las tendencias desestabilizadoras dentro del capitalismo mediante un conocimiento basado en la ciencia puesto a disposición de las burocracias públicas. La sociología académica y las políticas socialdemócratas trabaron estrechos vínculos entre ellas alrededor de varias cuestiones, como, por ejemplo, en torno a la implantación de los Estados del bienestar en Inglaterra y Suecia y del New Deal en Estados Unidos.

La oposición de Unger al pensamiento que gravita alrededor de la estructura puede considerarse análoga al rechazo de las «teorías generales» a favor del tipo de «teorías de medio alcance» divulgadas por Robert Merton y anteriormente desarrolladas en la obra de Weber. Unger rechaza la idea de que el capitalismo sea un fenómeno unitario, es decir, un modo de producción con consecuencias sistémicas para las diferentes categorías que forman el orden social y con sus propias leyes de desarrollo. En su lugar, él destaca su plasticidad y sus variaciones históricas contrastando las formas que ha adoptado en el este asiático, en Estados Unidos y en Europa.

No obstante, es imposible generar una descripción unificadora del orden social contemporáneo como la realizada por Unger sin desplegar conceptos generalizadores de algún tipo. ¿Cuál es el origen de los utilizados por Unger en su trabajo? Weber mantenía que las explicaciones sociológicas comienzan abordando problemas basados en los valores de aquellos que los investigan. Sin embargo, una vez que el problema ha sido formulado, el análisis debe proceder sobre una base objetiva, tratando de establecer la verdad sin atender a sus implicaciones para la posición moral que definió el problema en primera instancia. Aquí parece descansar la esencia del modo de proceder de Unger. El problema conformador de su trabajo —que mana de su concepción del potencial humano— reside en que la subordinación de los individuos a los roles sociales y a las ins-

tuciones («enrocamiento» [*entrenchment*]) conduce a la negación de su autonomía y de su capacidad de elección. Esta concepción guarda similitudes con la idea marxista de reificación y, como Anderson ha señalado, con lo «práctico inerte» de Sartre, de quien Unger reconoce su influencia filosófica. La transformación social que él busca –la esencia de su visión radical– parte de una sociedad en la que estas estructuras son fijas y permanentes, formando la experiencia de sus miembros, y apunta hacia otra en la que los roles y las instituciones son continuamente renegociados y reformulados a través de la libre elección e interacción individuales. Unger describe esto como una «capacidad negativa», tomando prestado el término de Keats; aunque donde el poeta sugería un modo de receptividad mental que permitiría la creatividad imaginativa interior, Unger alude a una concepción de la opinión pública dentro de un contexto de reflexividad y de transparencia. (Este argumento adquiere su dimensión psico-social en su libro de 1984 titulado *Passion: an Essay on Personality*.)

Por lo tanto, la principal inquietud de Unger estriba en comprender el proceso social que obstruye o facilita el «desenrocamiento» y, asimismo, la capacidad negativa que esto permite. Con este fin, él desarrolla diversas teorías de «alcance medio» siguiendo un modelo de análisis que está parcialmente en deuda con los tipos ideales de Weber. En particular, el interés de Unger se centra en la tendencia de las sociedades a regresar a un estado de «clausura» o de «enrocamiento» frente a los esfuerzos por abrirlas y por crear espacios libres para la toma de decisión dentro de ellas. Su exploración comprende tanto los patrones cíclicos de conflicto endémicos de los imperios agrarios y de las antiguas ciudades-Estado –un «equilibrio oscilante» entre la potencia del centro y los magnates de la periferia– como los ciclos de reforma de las democracias modernas, en los que los gobiernos reformadores se topan con las sanciones de los detentadores del poder (por ejemplo, la fuga de capitales o la inversión selectiva del mismo como arma de coerción) siendo forzados a batirse en retirada para evitar la desestabilización y la consecuente derrota electoral. De modo sagaz, Unger aplica el modelo de conflicto centro-periferia a las sociedades comunistas del siglo xx, esto es, a la Rusia posrevolucionaria, a la Revolución Cultural o a la autogestión obrera en Yugoslavia. La dinámica por la que cada elemento de las diversas configuraciones –imperios agrarios, ciudades-Estado, democracias capitalistas y potencias comunistas– conserva la capacidad de influir en los demás está en relación con un modelo subyacente de poder social encarnado en el vínculo patrón-cliente.

En la medida en que ninguna teoría social de la transformación histórica ha sido desechada como ilegítima, no resulta fácil distinguir cómo puede producirse una fuga de estas oscilaciones entre la apertura y la clausura, entre el enrocamiento y el desenrocamiento. Efectivamente, Unger considera que la acción en el «contexto configurador» es posible tanto para los actores colectivos como para los individuales, como se observa en los gobiernos o en los monarcas modernizadores. Pero no reconoce la posibilidad

de ninguna lógica histórica tendencial como podría ser, por ejemplo, la desencadenada por las ventajas competitivas que se derivan de las innovaciones económicas, tecnológicas o militares. Sin embargo, con toda probabilidad, es el desarrollo tendencial lo que explica por qué estas configuraciones de poder no sólo se han reproducido en ciclos recurrentes sino que, en algunas ocasiones, han dado lugar a transformaciones más plenas y rompedoras. En mi opinión, a pesar de que Unger refuta las teorías «centradas en la estructura», parece que su exposición de un modelo cíclico del proceso social, aun siendo antihistoricista, se apoya en un modelo específico de pensamiento centrado a la estructura.

En el análisis de Unger cobra centralidad una variedad concreta de estructuras institucionales: el sistema de producción y consumo de masas del siglo xx que ha sido definido, siguiendo a Gramsci, como fordismo. Aquí, los sistemas de poder entreverados de las grandes corporaciones capitalistas y del Estado burocrático son considerados como el obstáculo primordial para la creación de un orden social desenrocado, en el que todo el mundo pueda tomar parte en la definición y en la configuración de su contexto social y cultural. En sintonía con su «antideterminismo», Unger defiende que no hay razones inobjetables que justifiquen por qué este entramado institucional tuvo que convertirse en dominante –o por qué deba seguir siéndolo en estos momentos– en la sociedad moderna. Los sistemas de producción en masa no gozan de ventajas tecnológicas o en eficiencia *sui generis* sino que han alcanzado su posición privilegiada gracias a victorias políticas contingentes. Un puntal básico del argumento de Unger descansa en que la derrota del modo de producción de mercancías a pequeña escala que predominó durante la primera fase del capitalismo no tuvo por qué haber sido derrotado, por decirlo de algún modo, en su competición histórica con las versiones industriales de producción en masa. Su programa político implica la restauración del dominio de este sistema precedente, aunque en una versión tecnológicamente actualizada. Gracias al mismo, la sociedad puede cosechar los beneficios de la competitividad, de la innovación y del impulso de la productividad que ofrece el mercado a la par que evitar las desventajas de la perpetuación de la desigualdad, de la subordinación forzosa y de la adopción de un rol de pasividad. Unger sostiene que una de las peculiaridades de los sistemas de producción en masa modernos radica en que los mismos circunscriben la «capacidad negativa» –elección, autonomía, actividad innovadora– a los sectores vanguardistas de la economía mientras condenan a la mayoría a un trabajo pesado y rutinario. El elemento básico del nuevo orden social democrático de Unger va a residir en la empresa independiente (preferiblemente pequeña) que obtiene su capital a través de una licencia social y no apoderándose del mismo mediante derechos de propiedad ilimitadas y transferibles.

Hay un engarce entre el compromiso de Unger con una forma de producción que antecede a la compañía industrial y la afinidad de sus ideas con las de la sociología académica. Como agentes de su formación social

contemporizadora, los sociólogos clásicos necesitaban una clase intermedia ubicada entre la emergente masa proletaria de la sociedad industrial y sus capitanes y financieros de elite. La «solidaridad orgánica» de Durkheim –una compleja división del trabajo y un orden normativo que facilitaría la innovación y la libertad individual– parece ser la precursora de las formas sociales «desenrocadas» y pluralistas defendidas por Unger. Otro prelude estaría constituido por los programas asistenciales y de previsión social de las sociedades cooperativas y de socorro mutuo decimonónicas consistentes en instituciones autogestionadas creadas por obreros manuales cualificados y que han llevado a algunos a añorar el declive de la «aristocracia trabajadora» artesana y su temprana hegemonía sobre el movimiento obrero. Desde esta perspectiva, la producción en masa creó las condiciones que permitieron al Estado burocrático amplificado venir a ser considerado como el defensor más eficaz de los intereses de la clase obrera y especialmente de los trabajadores no cualificados, postrando, por lo tanto, a sus rivales ante su poder.

En la era de la globalización y de la «sociedad del riesgo» nacida con posterioridad a la aparición de la trilogía de Unger, *Politics*, la idea del desatrincheramiento adquiere un carácter más problemático. El fordismo, y el pacto asistencial que lo acompaña, ya no es el modelo dominante, sino que se encuentra en un acelerado proceso de disolución y de desintegración. Actualmente, muchas personas –tanto en el Primer Mundo como en el Tercero–, lejos de encontrarse «enrocadas» en instituciones excesivamente sólidas e impermeables responsables del empleo, de la regulación y del bienestar, se encuentran en situaciones de vulnerabilidad y bajo una excesiva presión competitiva. Un presupuesto no explicitado de la crítica de Unger a las formas sociales reinantes en la década de los ochenta consistía en que las mismas ofrecían, a lo sumo, demasiada seguridad y excesivamente poca libertad y capacidad de elección. Pero desde la perspectiva de 2004, esto parece una subestimación del valor de los pactos sociales fiables, aunque conlleven un coste. En el Este, el derrumbe del comunismo ha dado a estas cuestiones una relevancia incluso más destacada. Hoy en día, muchos de los que se opusieron a la opresión y a la inercia de aquellas sociedades en la década de los ochenta valorarían de modo distinto la relativa seguridad de su dotación asistencial y del «empleo para toda la vida». En los países poscomunistas, al igual que en las socialdemocracias europeas, la desestructuración de las formas anteriores de contención social combinada con la incertidumbre económica ha ayudado a movilizar el antagonismo hacia los competidores potenciales y externos. Tanto la «guerra contra el terrorismo» como la reciente hostilidad hacia los refugiados ceban estas inseguridades.

Las cuestiones más sustanciales gravitan en torno a si el ideal de Unger de la existencia humana –un contexto configurador en un estado plenamente desenrocado, autorreflexivo y sin un futuro predeterminado en vez de un contexto reproductor– es deseable o posible. Resulta razonable sostener que tenemos una mayor necesidad innata de «prodigalidad», de con-

tinuidades y de consentir la dependencia de lo que Unger admite. Las verdaderas relaciones y la experiencia se forjan dentro de las culturas, de las tradiciones y de las instituciones —o en los intersticios entre ellas— en el seno de contextos socialmente densos. Desde un punto de vista psicoanalítico, el inconsciente es una dimensión necesaria e inevitable del proceso mental de los seres humanos. Es la naturaleza y la severidad de los conflictos internos que permanecen en el inconsciente lo que da lugar a problemas de bienestar y de desarrollo, no la falta de reflexión y de transparencia con uno mismo. Lo mismo cabe afirmar respecto al «inconsciente cultural» que permanece implícito y se da por sentado en cualquier modelo social. La búsqueda de mayores niveles de autonomía, de auto-comprensión y de capacidad de elección, tanto sociales como individuales —que también es el objetivo del psicoanálisis—, no se basa en el convencimiento de que un estado de libertad absoluta sea posible o deseable. La valoración excesiva de la autodeterminación fue también un problema en el pensamiento moral de Sartre. La ausencia de un vínculo social acarrea constricciones sociales.

La cuestión de la sobrevaloración de Unger del desenrocamiento adquiere un carácter más práctico cuando trata la reforma institucional que constituye el punto neurálgico de su programa, donde se encuentra su «gran idea» más original, y que consiste en el desmantelamiento del derecho sin restricciones a la propiedad del capital privado que otorga actualmente la sociedad angloestadounidense y su sustitución por un sistema de licencias «rotantes» de acceso al capital decidido a través de un proceso de debate democrático. Como fórmula para llevar esto a cabo, Unger propone dos procedimientos: el racionamiento, es decir, la distribución centralizada, y la subasta, o una forma de puja competitiva. Desde el punto de vista de la igualdad y de la democracia, el objetivo es claramente deseable, y resulta fácil percibir la fuerza de la objeción de Unger a los intentos de redistribución anteriores en los que tanto la propiedad estatal como la propiedad obrera han dado lugar meramente a formas diferentes de «enrocamiento» y de dominación. Sin embargo, su propuesta de un proceso decisorio democrático constante para determinar la asignación de capital presta escasa atención al problema de quién se encargará de realizar esa asignación, así como a los medios que utilizará para ello, y ninguna a la cuestión de qué tramarán los actuales propietarios de capital mientras se les prepara tal destino. Los detalles prácticos de la deliberación constante y del proceso decisorio o la incertidumbre sobre los recursos productivos que se derivaría de ello no son tratados con mucho detalle.

Al igual que en anteriores ocasiones, es posible que Unger no repare lo suficiente en los beneficios de la continuidad, de hecho, en la necesidad humana de cierto grado de «enrocamiento». Uno de los rasgos de la época individualista y neoconservadora actual ha sido la dilapidación imprudente de las ventajas de la tradición y de la pertenencia institucionales en lo que podría denominarse, después de Marcuse, un estado de «liberalización represiva». Su programa coloca una pesada carga sobre la capaci-

dad de los responsables democráticos de tomar las decisiones para mantener una «situación ideal de habla» y descuida el riesgo de que tales poderes pudieran, ellos mismos, enrocarse y extenderse. Un equilibrio pluralista entre agencias institucionales separadas y la devolución de poder a los empleados, a los usuarios y a los clientes parecería un modo más seguro de establecer un equilibrio entre las diferentes pretensiones a los recursos de capital que encomendar todo el proceso decisorio a un único centro de soberanía democrática. El modelo de Unger podría correr el riesgo de convertirse en un estado de «revolución permanente» si cada asignación de capital y de poder se deja abierta a un combate político continuo. Es posible que Unger vislumbre este proceso teniendo lugar en sintonía con el tempo moderado de un tribunal de justicia. Pero también éste podría degenerar en un exceso neojacobino a medida que los conflictos emergiesen en la unidad política, especialmente si se tiene en cuenta la violenta reacción contrarrevolucionaria que estos momentos son propensos a desencadenar. El programa sería más convincente si Unger diera muestras de una mayor comprensión de la ansiedad y del miedo de la sociedad así como de la confianza en las tradiciones y en las autoridades legítimas para aplacar tales estados de ánimo.

Unger quiere conservar el dinamismo innovador del modo de producción capitalista al tiempo que lo despoja de sus tendencias a concentrar y a reificar el poder institucional. Sin embargo, no reconoce lo suficiente hasta qué punto la potencia innovadora está trabada en la continuidad así como también en la negación de las formas existentes de orden. Su propuesta consiste en privar a las empresas capitalistas de uno de los principales instrumentos que han utilizado para reproducirse, a saber, el poder de reinvertir sus beneficios como capital. En las páginas del libro, este poder se define no como una recompensa por el éxito competitivo, sino como el fruto de una victoria política previa sobre la asignación de derechos al patrimonio de la sociedad. De hecho, posee ambos aspectos. Las instituciones no tendrían incentivos para ser innovadoras o eficientes si no pudieran retener parte de los recursos que se derivan del éxito competitivo. Es difícil encontrar un equilibrio entre crear incentivos al rendimiento y evitar el enrocamiento de la ventaja, pero éste debe ser el objetivo que hay que perseguir para poder conservar los beneficios de la innovación y de la productividad. «El filo del caos», formulado por los teóricos de la complejidad como la zona donde se producen la mayoría de las innovaciones, se ubica en la frontera entre el orden y la estructura, no en unas condiciones donde no existe ningún tipo de orden.

En la obra de Unger se delinean cuatro esferas de legitimación sólidamente establecidas. Aunque la primera de ellas, los *derechos de mercado* —actualmente un derecho sin restricciones a la propiedad privada—, es el primer objetivo del programa de reforma de Unger, él también dedica una atención significativa a las restantes. La segunda esfera está constituida por los *derechos de inmunidad* que amparan a los individuos frente a la opresión. Éstos comprenden tanto derechos civiles como asistenciales:

derecho a la subsistencia, a la alimentación, a la salud, a la vivienda y a la educación. Aquí Unger propone unos ingresos mínimos garantizados para todos los ciudadanos, pero niega categóricamente que esto deba suponer el derecho a un empleo concreto. La tercera esfera se refiere a los *derechos de desestabilización*, en los que se incluye el derecho a desafiar a las instituciones y a las organizaciones y también la libertad de expresión y de información. Dentro de esta categoría encuentran cabida la legislación en materia de defensa de la competencia, los procedimientos para tramitar quejas en el centro de trabajo y la legislación en materia de salud y seguridad. Unger denomina a la cuarta categoría *derechos de solidaridad*, y está integrada por aquellos derechos que definen las obligaciones de las relaciones sociales: las responsabilidades de los cónyuges, de los padres hacia los hijos, y de los profesores, de los trabajadores sociales, de los doctores, etc., hacia sus alumnos, sus beneficiarios o sus pacientes. Claramente, en esta área el derecho se confunde con la costumbre, con la convención y con la obligación ética. Unger sostiene que los derechos de solidaridad se hacen efectivos más frecuentemente gracias a la mediación que a la práctica jurídica. Y critica la preocupación enconada de la ciencia social positivista y del derecho privado por los «intereses» sosteniendo que las relaciones y los bienes comunes son también asuntos importantes para la regulación permanente.

Al cartografiar estos diferentes campos de legitimación, y mediante su crítica exhaustiva del derecho ilimitado a la propiedad privada, Unger pretende identificar espacios para una acción social constructiva y transformadora así como también definir las áreas para desarrollar una práctica jurídica crítica. El desmantelamiento de las «totalidades» indiferenciadas, como la idea de propiedad y de capital, en sus dimensiones constitutivas hace posible imaginar cómo tales normas e instituciones podrían ser deconstruidas en la práctica con el fin de neutralizar su poder opresivo y «enrocador». Esta concreción de los espacios institucionales en nuestra sociedad como campos de contestación, de desafío y de progreso democrático local es una valiosa contribución a la agenda radical contemporánea.

Unger pone sobre la mesa poderosas herramientas intelectuales y prácticas para acometer este trabajo político. Una vez más este enfoque gradual y transformador —la incesante y motivada «labor de reparación» o experimentalismo de *La democracia realizada*— se contraponen a los modelos de cambio político de carácter estructural. En opinión de Unger, éstos conducen a una política de retórica revolucionaria pero fatalista en la práctica, ya que asumen que sin un cambio sistémico total no se producirá transformación relevante alguna.

Hasta aquí he descrito las afinidades entre el antagonismo de Unger tanto al individualismo positivista como al marxismo y la alternativa a ambos sistemas de pensamiento desarrollados dentro de la sociología clásica. Igualmente, podrían trazarse paralelismos con la crítica sociológica contemporánea del marxismo realizada por Anthony Giddens. La distinción

establecida por Unger entre actividades que reproducen un contexto y aquellas que definen un contexto explora un terreno similar a la «teoría de la estructuración» de Giddens con la que pretendía resolver la oposición «estructura-agencia» mostrando que las estructuras han de estar reproduciéndose continuamente mediante la acción social. Giddens también pretendía sustituir los modelos sociales materialistas basados en las clases por un análisis que concediera mayor peso a la «elección» ejercida por los individuos bien a través del mercado, bien en el ámbito microsocietal mediante una revitalización democrática de las instituciones, por ejemplo, a través de un «asistencialismo activo». Con Ulrich Beck y otros autores, Giddens ha sostenido que la globalización ha supuesto un proceso de «desincrustación» de los individuos de las constricciones tradicionales, lo cual no ha dejado de tener repercusiones subjetivas. Ha defendido un estado de «reflexividad» y transparencia en las relaciones y sus posiciones no son ajenas a las llamadas efectuadas por Unger a favor del «desenrocamiento» y de la «capacitación negativa».

Sin embargo, pese a estos rasgos de afinidad, el programa de Unger apunta hacia un lugar diferente. Los derechos de mercado, bajo la óptica de la Tercera Vía, implican la obstaculización de la propiedad privada en el ámbito público, mientras que la «rotación de capital» de Unger tiene como propósito extender el control público y democrático sobre los recursos que actualmente se encuentran en manos privadas. Los gobiernos de la Tercera Vía han reducido los derechos de inmunidad en nombre de la flexibilidad laboral y de una mayor competitividad en los mercados globales. De modo informal, los derechos de desestabilización se recortan mediante la continua extensión del control privado monopolista de los medios de comunicación y, formalmente, mediante la sanción de la guerra contra el terrorismo. Dentro de las sociedades de mercado angloestadounidenses, los derechos de solidaridad tienden progresivamente a diluirse en derechos individuales aislados que privilegian formas de conexión social que pueden ser formuladas, más sencillamente, como contratos específicos, que marginan a aquellos que dependen de la confianza mutua.

En cierto sentido, la crítica de Unger a la «socialdemocracia conservadora», citada anteriormente, puede parecer que se hace eco de los ataques lanzados por la Tercera Vía contra un Estado del bienestar que «lamina la iniciativa». Pero allí donde el Nuevo Laborismo y los nuevos demócratas se han convertido en agentes del neoliberalismo, buscando derrotar a la socialdemocracia tradicional y lograr un consenso para dar un nuevo impulso al proceso de mercantilización, Unger abre una ruta manifiestamente alternativa. Como él mismo señala en diversos escritos (véanse las conferencias de Boutwood de 2002, disponibles en la excelente página web dedicada a su trabajo):³

³ <http://www.law.harvard.edu/faculty/unger/> [N. de la T.].

La Tercera Vía es la Primera Vía –el pretendido uno y único camino hacia la libertad y la prosperidad– almibarada con una política social compensatoria [...]. Su programa es el programa de sus adversarios conservadores con un descuento. Emergen en la escena histórica como los humanizadores de lo inevitable, incapaces de ofrecer algo más que un contenido trivial a la idea de una reconstrucción social progresista en el momento actual.

En *La democracia realizada*, Unger sigue mostrándose también desafiantemente comprometido con encontrar una alternativa radical infundida del espíritu de la nueva izquierda. Tal vez, las raíces de este espíritu cargado de aspiraciones –un valioso contrapeso a la hegemonía neoliberal– se hunden en los dos polos de la formación política de Unger, el brasileño y el estadounidense; en otro lugar, ha escrito efusivamente acerca del «espíritu de lo posible estadounidense» y de Estados Unidos como de un «país de experimentadores». Otra fuente de su fe transformadora puede que se halle en la vertiente radical del catolicismo latinoamericano y en sus ideas prácticas y democráticas. La entrada potencial de Brasil en el G20 como nodo de resistencia al dominio estadounidense podría servir para reafirmar la confianza política de Unger. En la medida en que parece estar creciendo un movimiento democrático global contra el neoliberalismo –consolidado gracias a internet, donde virtualmente se encuentran disponibles todos los escritos de Unger de manera gratuita– su momento como teórico social inspirador puede que esté a punto de llegar. Esperemos que sea así.